

ESPAÑA Y LA GUERRA



SUMARIO DEL NÚMERO PRIMERO

Ofrenda a las naciones aliadas.—Palabras iniciales.—Los españoles y la guerra.—Manifiestos.—Guerra y milicia, *por Miguel de Unamuno*.—Fe en el progreso, *por Azorín*.—España ofrece su mañana, *por Gabriel García Maroto*.—Oració dels soldats mutilats, *por Eugenio d'Ors*.—Las tres hermanas, *por Luis G. Bilbao*.—Dos organizaciones, *por Luis Araquistain*.—Mantenimiento de principios, *por Nicolás María Urgoiti*.—Voluntad nacional y política internacional, *por Luis de Zulueta*.—El germanófil, *por Santiago Rusiñol*.—Europa respira, *por Luis de Tapia*.—La mayor derrota, *por Ramón Turró*.—Tres víctimas, *por J. Moreno Villa*.—La guerra y España, *por Pablo Iglesias*.—Aldea de Francia, *por Corpus Barga*.—Caricaturas: Los alemanes en Bélgica; Pacifistas y neutrales, y Si no entén, que'l salín, *por Babel*. Herr Fritz Mayer, *por Bagaría*.

Imp. Gráfica Excelsior, Campomanes, 6.—Madrid.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES

ESPAÑA Y LA GUERRA

REVISTA MENSUAL
MADRID

AÑO 1.

REDACCIÓN: MARQUÉS DEL DUERO, VI

NÚM. 1.

PALABRAS INICIALES

Firmada por algunos nombres de los que aparecen inscritos en esta Revista como sostenedores de ella, se enviaron hace muy pocos días a contadas personas, copias de las cartas que a continuación insertamos. Ellas dicen bien claramente el espíritu que anima la publicación de ESPAÑA Y LA GUERRA, al mismo tiempo que enlaza firmemente el conocimiento de los lectores con las limpias germinaciones cuyo fruto se muestra claro en este número primero.

UN grupo de intelectuales españoles que desde el comienzo de la guerra han ofrecido su labor caldeada en la hoguera en que se purifica el mundo, creyendo cumplir un deber de afirmación segura, han acordado recoger en una publicación periódica lo que con un fuerte valor ideológico, sentimental o estético a favor de la causa aliada, se haya publicado en España en estos tres últimos años.

Dará la publicación que se proyecta la mejor prueba del arraigo que en los corazones y los cerebros españoles tiene la idea justa porque luchan los pueblos de libre y alta aspiración, y será, al mismo tiempo, una justificación patente de que estaremos bien necesitados a la hora de la revisión definitiva.

Al revés que los mercenarios germanizantes que deshonran a España, queremos nosotros, sacrificar nuestros intereses económicos y nuestro jugo intelectual a favor de la obra indicada. En efecto; hemos invitado a unos cuantos amigos de las naciones aliadas a que se suscriban por una cantidad mensual que será empleada en la citada publicación, la cual, habrá de repartirse copiosamente en España y fuera de España.

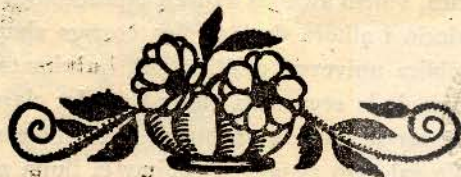
Contamos con usted, señor, para esta obra de indiscutible trascendencia.

Para evitar toda suspicacia que traería como consecuencia el equiparar nuestros procedimientos con el de nuestros enemigos, hemos acordado imprimir en las páginas de la Revista los nombres de los que contribuyan a

su sostenimiento, y como cada uno de los nombres, por sí solo, tendrá una solvencia moral y económica que hará imposible el menor recelo, tenemos la evidencia, de que nuestra publicación nacerá llena de prestigio, siendo en su día el mejor alegato defensivo de nuestra dignidad de españoles."

UN grupo de españoles que desde España han luchado y luchan calladamente desde el comienzo de la guerra con un levantado fervor junto a los hermanos aliados, en estas definitivas horas en que va cristalizando la posición espiritual de cada pueblo ante la contienda europea, deseosos de ayudar de una eficaz manera a la liberación de nuestra patria, entregada en parte a mercenarias actuaciones, dispuestos a contrarrestar la propaganda germanófila fomentada y pagada por delegados imperiales, uniendo esfuerzos económicos y nombres solventes y representativos, han decidido recoger en una publicación periódica los documentos que los publicistas españoles de conciencia levantada y clara ofrecieron en periódicos libres y que viven dispersos luego de haber sido en su hora semillero de liberaciones.

Como usted es uno de los que más generosamente han defendido a España, a usted nos dirigimos, rogándole nos envíe sus artículos de más concreto y levantado esfuerzo a favor de los aliados, para honrar con ellos este a modo de libro de honor, que será una muy viva ofrenda en estos momentos decisivos y una hermosa defensa de nuestra condición de españoles en la hora de la revisión definitiva."





LOS ESPAÑOLES Y LA GUERRA

PALABRAS DE ALGUNOS INTELLECTUALES CASTELLANOS

Levantamos la voz para pronunciar nuestra palabra, con modestia y sobriedad, como españoles y como hombres. No sería bien que, en esta coyuntura máxima de la historia del mundo, la historia de España se desarticulase del curso de los tiempos, quedando de lado, a modo de roca estéril, insensible a las inquietudes del porvenir y a los dictados de la razón y de la ética. No sería bien que en estos momentos de gravedad profunda, de intensa religiosidad, cuando la especie humana sufre sin cuento engendrando una más apretada y fraterna solidaridad, España, por el apocamiento de los políticos responsables, apareciera como una nación sin eco en las entrañas del mundo. ¡Y aún fuera peor que sus ecos propagasen la acrimonia de voces encendidas por pasiones ciegas y los denuostos de plumas y gacetas mercenarias!

Nosotros, sin más representación que nuestras vidas calladas consagradas a las puras actividades del espíritu, sentimos que, para servir a la Patria y ser ciudadano honrado y de provecho, es fuerza ser hombre honrado y de provecho para todos los pueblos. Y así estamos ciertos de cumplir un deber de españoles y de hombres declarando que participamos, con plenitud de corazón y de juicio, en el conflicto que trastorna al mundo. Nos hacemos solidarios de la causa de los aliados, en cuanto representa los ideales de justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación. Nuestra conciencia reprueba donde quiera todos aquellos hechos que menoscaban la dignidad humana y los respetos que los hombres se deben, aun en el más enconado trance de la lucha.

Deseamos con fervoroso anhelo que la paz futura sirva a las naciones todas de honrada y provechosa enseñanza, y esperamos que el triunfo de la causa que reputamos justa afirmará los valores esenciales con que cada pueblo, grande o pequeño, débil o fuerte, ha dado vida a la cultura humana; destruirá los fermentos del egoísmo, de dominación y de impúdica violencia, generadores de la catástrofe, y afirmará el cimiento de una nueva hermandad internacional, donde la fuerza cumpla su fin: el de garantizar la razón y la justicia.

PROFESORES: Gumersindo de Azcárate, Nicolás Achúcaro, Adolfo Buylla, Américo Castro, Julio Cejador, Manuel B. Cossío, José Goyanes, Luis de Hoyos, Eduardo López Navarro, Juan Madinaveitia, Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal, Manuel G. Morente, José Ortega Gasset, Gustavo Pittaluga, Adolfo Posada, Fernando de los Ríos, J. Eugenio Rivera, Luis Simarro, Ramón Turró, Miguel de Unamuno, Luis Urrutia y Luis de Zulueta.

COMPOSITORES DE MÚSICA: Manuel Falla, J. Turina, Rogelio Villar y Amadeo Vives.

PINTORES: Hermen Anglada Camarasa, Ramón Casas, Anselmo Miguel Nieto, José Rodríguez Acosta, Julio Romero de Torres, Santiago Rusiñol, Ignacio Zuloaga y José Villegas.

ESCULTORES Y DECORADORES: Julio Antonio, Juan Borrel Nicolau, José Clara, Enrique Casanova, Manuel Castañón, Mateo Fernández de Soto, Joaquín Sunyer, Jerónimo Villalba, José Villalba, Mateo Inurria y Miguel Blay.

ESCRITORES: Mario Aguilar, Gabriel Alomar, Luis Araquistáin, Manuel Azaña, "Azorín", José Carner, Manuel Giges Aparico, Francisco Gradmontagne, Amadeo Hurtado, Ignacio Iglesias, Antonio Machado, Ramiro de Maeztu, Gregorio Martínez Sierra, Enrique de Mesa, Armando Palacio Valdés, Benito Pérez Galdós, Ramón Pérez de Ayala, Ramón del Valle Inclán, J. Gómez Baquero.

PALABRAS DE ALGUNOS INTELLECTUALES CATALANES

Els qui signem, catalans dedicats als espirituals treballs de l'art, les lletres, la ciencia i la política, volem alçar la veu en aquesta hora tràgica de l'història del món. Volem dir la nostra convicció i alhora declarar les nostres simpaties. Ens hi creiem obligats, com ciutadans de la República universal de l'Esperit, i aiximateix com fills de Catalunya, la qual per l'heretatge riquíssim de la seva vella glòria i per les clares i fortes esperances en son esdevenidor, no pot desinteressar-se de la gran pugna que omple avui l'Europa.

No sabriem nosaltres guaitar la lluita amb esguard fret i indiferent. Si no hi participem

ESPAÑA Y LA GUERRA

amb les armes, comprenem bé que les idees i els sentiments nostres també són dins la batalla. Tenim una convicció i sentim un amor. I hem de proclamar-los altament i noble.

La nostra convicció és que en la guerra actual els supremes interessos de la justícia i de l'humanitat demanen la victòria dels Estats de la Triple Intel·ligència.

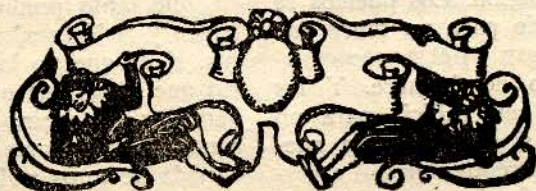
I el nostre amor, és per la França i l'Anglaterra, posseïdores segles ha de l'alt mestratge civil; per la Bèlgica i la Serbia, petits pobles que acaben de donar immortals exemples.

La simpatia nostra no podia mancar a aquests pobles. I, sobre tot, no podia mancar a la França, veyna de Catalunya per la terra i per l'ànima, on, Pirineu enllà, tenim germans nostres, gent de la nostra raça, de la nostra sang, de la nostra llengua. Raça, sang i llengua, que són les del més enlairat cabdill dels soldats francesos

Als qui combaten per una justa causa, no hem de privar-los del colsol espiritual de la nostra pública simpatia. Ni hem tampoc de callar la nostra condemna dels procediments cruels posats en pràctica per aquells bel·ligerants qui, negant les convencions amb què la civilització humana havia oposat un aturador a la furiosa violència de la guerra, han fet retrocedir els sistemes de lluit als segles passats i han degradat la força fent-la instrument de venjança i terror.

Aquestes són les nostres afirmacions categòriques. Estem al costat, en esperit i en anhels, de l'Anglaterra, la França i sos aliats. Pel seu triomf fem vots cordials des de la terra de Catalunya, a la qual la mar llatina recorda tot-hora quin és el seu lloc.

A. ROVIRA i VIRGILI, escriptor i advocat.—AMADEU HURTADO, ex-diputat, advocat i escriptor.—JOAQUIM FOLCH i TORRES, crític d'art.—JOSEP CARNER, de l'Institut d'Estudis catalans.—GABRIEL ALOMAR, publicista i catedràtic.—JOAQUIM BORRALLERAS, metge.—JESUS PINILLA, advocat i publicista.—RAMON REVENTÓS, escriptor.—JOSEP M.ª TALLADA, professor d'Economia política.—CARLES COSTA, periodista.—RAFAEL MARQUINA, escriptor.—PERE INGLADA, dibuixant.—JOAQUIM MONTANER, poeta.—POMPEIUS GENER, escriptor.—ANTONI LOPEZ, editor-proprietari dels periòdics L'Esquella de la Torraixa i La Campana de Gràcia.—RAMON FONT, escriptor.—SANTIAGO RUSINOL, pintor i literat.—F. LAYRET, ex-regidor i advocat.—FELIU ELIAS (Apa) pintor.—ALEXANDRE PLANA, escriptor.—J. PIN I SOLER, novel·lista.—LLUIS MASSOT, advocat.—R. CAMPALANS, enginyer.—MARIUS AGUILAR, escriptor.—F. CULI i VERDAGUER, advocat.—J. MIRÓ, publicista.—JOAN CARNER, advocat.—A. MARSILLACH escriptor.—E. MOLINÉ i BRASÉS, advocat.—FRANCESC PUJOLS, escriptor.—A. VIVES, music.—JOAQUIM CASAS CARBÓ, literat.—J. AGUADÉ MIRÓ, metge.—ENRIC SOLER, escriptor.—JOSEP BURGAS, periodista.—IGNASI IGLESIAS, autor dramàtic.—PRUDENCI BERTRANA, novel·lista.—R. M. PADILLA, pintor.—S. SANPERE i MIQUEL, corresponent de les R. R. i Nacionals Academies de l'Historia, Belles Arts i de la de Ciències de Lisboa; membre de número de l'Academia de Bones Lletres de Barcelona.—M. UTRILLO, pintor i crític d'art.—R. NOGUER i COMET, advocat i publicista.—C. MONTOLIU, escriptor.—JOAN LLONGUERAS, music.—ALEXANDRE CORTADA, escriptor.—JOSEP CLARA, esculptor.—ROMA JORI, escriptor.—S. ANDREU i BARBER, advocat i regidor de Barcelona.—LLUIS VALERI, literat.—R. TURRO, director del Laboratori municipal i escriptor.—J. DE MONTOLIU, escriptor.—A. RAMONEDA HOLLER, enginyer.—J. FONT, escriptor.—"PICAROL", dibuixant.—JOSEP M.ª ROCA, Metge i escriptor.—PERE ALDADER, escriptor.—ANTONI FERRER, periodista.—JOAN BARCO, periodista.—CARLES RIBA, doctor en lletres i escriptor.—ISIDRE LLORET, director de l'"Escola de Funcionaris d'Administració Local."—JOAQUIM SUNYER, pintor.—ENRIC CASANOVAS, escriptor.—EMILI VALLÉS, professor.—EDUART CALVET, senador.—DR. MARTÍ i JULIA, metge, director de l'"Institut Frenopàtic" i escriptor.—SALVADOR DALL, notari.—P. C. ABARCA, pintor.—PERE COROMINAS, escriptor i diputat per Barcelona.—DR. A. JULIA PONS, escriptor i doctor en medicina.—POMPEU FABRA, de l'"Institut d'Estudis Catalans".—J. MASSÓ i TORRENTS, de l'"Institut d'Estudis Catalans" i de la "Biblioteca Catalunya".—J. M. LÓPEZ-PICO, escriptor.—SALVADOR ALARMA, escenògraf.—JOSEP M.ª DE SUCRE, president de l'"Ateneu Enciclopèdic Popular".—OLAGUER JUNYENT, artista pintor.—SANTIAGO VINARDELL, periodista.—J. BALUGERA, regidor de Barcelona.—ORIOL MARTORELL, regidor de Barcelona.—DOMENECH CARLES, pintor.—ALBERT RUSINOL, diputat a Corts i cavaller de la Llegió d'Honor.—H. GNER DE LOS RIOS, catedràtic i diputat a Corts.—JOAN PASSARELL, dibuixant.—PERE RAHOLA i MOLINAS, diputat a Corts per Barcelona.—CARMEKARR, escriptora, directora de Feminal.—JOAN DE LASARTE i KARR, pintor.—JAUME CARNER, diputat a Corts pel Vendrell.—MANUEL RIUS i RIUS, marquès d'Olèrdola, advocat i escriptor.—E. DIAZ RETG, periodista, secretari de l'A. de la P. D.—M. VEGA i MARCH, arquitecte i regidor de Barcelona.—CARLES SOLDEVILLA, escriptor.—J. ARAGAY, pintor.—M. HUMBERT, pintor.—JOSEP ROCHA, advocat i regidor de Barcelona.—JOSEP M.ª DE SEGARRA, escriptor.—CARLES JORDA, enginyer i diputat provincial.—JOSEP BERTRAN i MUSITU, advocat i diputat a Corts per Vilanova.—J. PUIG i FERRATER, autor dramàtic.—JOAN LLIMONA, pintor.—JOSEP LLIMONA, escriptor.—ELADI HOMS, pedagog.—J. MARIA BASSOLS, advocat i diputat provincial.—JOAN SERRA i CONSTASO, escriptor i ex-diputat provincial.—LL. FIGUERAS DOTTI, economista.—R. R. SU-RIACH SENTIES, escriptor.—ENRIC GRANADOS, music.—ALEXANDRE DE RIQUER, pintor i escriptor.—JOSEP CASADESUS, prevere i catedràtic.—DANIEL GIRONA, historiador.—LL. NICOLAU D'OLWER, doctor del Claustre de Filosofia i Lletres, escriptor.—R. MIQUEL i PLANAS, escriptor.—JOAN MOLES, senador.—FELIP RODÉS, diputat.—A. SUNOL, ex-president de l'"Unió Catalanista".—NARCIS OLLER y MORAGAS, novel·lista.—J. GARRIGA MASSÓ, diputat.—JULI MARIAL.—S. VALENTÍ i CAMP, escriptor.—LLORENC RIBER, prevere i escriptor.—MARIAN ANDREU, pintor i esmailador.—ENRIC BORRAS, actor.—JOAQUIM SALVATELLA, diputat.—DANIEL RIU, advocat, director de "Economia y Hacienda".—DR. ECHEVARRIA.—PERE PUIG CALZADA, ex-diputat.—I. RIBERA i ROVIRA, escriptor.—J. MASSO i VENTÓS, escriptor.—JOAN E. LLADO i VALLES, advocat.—APELES MESTRES, dibuixant i escriptor.—ENRIC MORERA, music.—DR JULIA.



G U E R R A Y M I L I C I A

EN uno de sus últimos escritos decía Wells, el tan conocido novelista y fantaseador—o sea profeta—inglés, que execra la guerra porque es una cosa aplanante. “Es un insoponible aburrimiento—escribía—. La guerra y la preparación para la guerra, los impuestos, el ejercicio, la intrusión en toda la actividad libre, la detención y el arrecimiento de la vida, la obediencia a gentes de tercer orden vestidas de uniforme, de que los alemanes han sido los infatigables protagonistas: todo esto ha llegado a ser una llaga para la humanidad entera.”

Por mi parte, lo he dicho más de una vez y lo repetiré cuantas veces lo crea necesario: execro del militarismo más que de la guerra. No es la guerra lo que me repugna; es su organización técnica, es su mecanización. Así como puede haber un hombre y hasta un pueblo entero que sean religiosos, muy religiosos, profundamente religiosos y anticlericales, puede haber un hombre y un pueblo que sean belicosos y antimilitares. Los cuáqueros son religiosos y rechazan todo sacerdocio.

Así como hay quienes han sostenido que es el sacerdocio el que pervierte la religión, no faltará quien sostenga que es la milicia profesional la que pervierte la guerra. Las almas religiosas adogmáticas y antisacerdotales sienten que no necesitan medianero para comulgar con su Dios, y los espíritus belicosos atávicos y antimilitares sienten que pueden pelear la pelea del mundo, hasta la cruenta cuando sea preciso, sin alzar esa casta guerrera. El día en que todos seamos sacerdotes y todos soldados, se habrán acabado el sacerdocio eclesiástico y la jerarquía militar. ¿Es esto posible?

La verdad es otra, y es que desgraciadamente ni se puede mantener una religión sin una especie de sacerdocio y una de teología y una iglesia, ni se puede estar preparado para la guerra o contra ella sin una especie de ejército y una de estrategia y una casta militar. Porque así como el ejército puede ser, y a veces es, por eterna dialéctica de aparentes contradicciones, una preparación contra la guerra, una iglesia y una teología suelen ser una disposición contra la religión. Los pueblos se entregan a un sacerdocio para no tener que pensar su religión; delegan en él la preocupación del destino último del hombre. Y los pueblos se entregan a una milicia para no tener que cuidarse por sí mismos de la guerra. Y de aquí que nadie rehuya más el sacerdocio y la teología que el más profundamente

religioso, ni nadie rehuya más el ejército y el militarismo que el hombre de veras belicoso y guerrero.

Dejo para otra ocasión el desarrollar más apretadamente esto de que el clero y la Iglesia sean los mayores enemigos de la religión y, sin embargo, ésta no puede subsistir sin ellos y su apoyo y que el ejército y la milicia sean los mayores enemigos de la guerra, siendo así que son los que la hacen. La hacen y la deshacen. Y ahora prosigo.

He sostenido aquí, en España, campañas contra las corridas de toros, pero nunca tomándolas por el lado de la crueldad y del derramamiento de sangre. No es lo bárbaro de las corridas lo que en ellas me repugna: es lo tonto. Confieso que no soy demasiado sensible a los sufrimientos del caballo de pica o a los del toro lidiado, y menos a los del torero a quien el toro coge y despanzurra, ya que él, por no trabajar buscó ese peligro. Hasta creo más, y es, con Próspero Merimée, que la mayor dicha para un lidiador es morir gloriosamente en la plaza. ¿Para qué quiere ese bárbaro sobrevivir a su gloria? Lo que me repugna en los toros es la desesperante simplicidad del espectáculo y su estupidez. El más obtuso y negado de los aficionados puede llegar a ser un gran “inteligente” en tauromaquia. Hay “inteligentes” en este arte—llamémosle así, y menos mal que no le llaman ciencia—que no tienen más inteligencia que una rana. Lo que me repugna de los toros no es el espectáculo sino el tiempo y el espíritu que se malgasta hablando de ellos y de la lidia. Lo dije ya: si yo fuese autócrata duplicaría el número de las plazas de toros y fondos públicos y dando entrada al pueblo todo, pero suprimiría todos los semanarios taurinos, prohibiría escribir y hablar de corridas y de tauromaquia, disolvería las tertulias taurinas y metería en la cárcel a los que fuesen sorprendidos comentando una lidia. ¿Qué lo vean, pero que no hablen de ello! Porque esto es la manera más desastrosa de corromper la inteligencia.

¿En qué consiste que nuestro clero católico, que tanto predica y despótica contra el teatro y la lectura, respete las corridas de toros, si es que no las aplaude y recomienda? En que un drama o una comedia pueden ser heréticos, es decir, estimulantes de la inteligencia y avivadores del raciocinio, pero una corrida de toros no! Una corrida de toros es lo más ortodoxo que hay. Como que embota



ESPAÑA Y LA GUERRA

y embrutece y aduerme la inteligencia de los aficionados. "Y si no hablan de Belmonte y el Gallo y las verónicas y los volapiés, ¿de qué van a hablar?" me preguntaba uno. Y le contesté: "De la eucaristía, de la Santísima Trinidad, de la infalibilidad del Papa o de la confesión auricular!" Y con las corridas se va a que la gente no piense.

Y digo lo mismo de otros deportes. Pueblo entregado con pasión a ellos, ni piensa, ni siente, ni quiere lo que debe pensar, sentir y querer.

Pues algo así digo de la milicia y el militarismo. Son uno de los más terribles fundentes de las inteligencias. En nuestros cuarteles no se maltrata a los que van a aprender su instrucción militar, pero hacen todo lo posible por entontecer los oficiales, entontecidos por el ejercicio de esa enseñanza. He conocido jóvenes muy inteligentes y despiertos que al cabo de unos años de ejercer esa enseñanza y de instruir soldados habían perdido la facultad de razonar por propia cuenta. Casi tan terrible como la judicatura, que es la profesión que más deteriora el buen juicio. Raro es el juez que a los pocos años de administrar justicia no ha caído en un estado rayano en la irracionalidad. Y con la milicia pasa algo por el estilo.

He observado aquí, durante esta guerra, que los peores profetas de lo que pasa en ella son los militares. Y los peores críticos. Se puede leer lo que de la guerra escribe cualquiera menos un oficial del ejército, y si pertenece al Estado Mayor, peor aún. Todo su especialismo no es más que bambolla y pedantería. Y son los más llenos de prejuicios. Hanse empeñado en hacer secretos de cosas que están a la vista de cualquier persona inteligente que quiera mirar con atención.

Claro está que hay una técnica de ingeniería, de química, de mecánica, de geografía, etcétera, aplicable al arte—arte y no ciencia—de la guerra, pero eso poco tiene que ver con lo que los militares presentan como su especialidad.

En todo caso, pues que ha de haber guerras—y no creo que ésta sea la última ni mucho menos—es una inevitable desgracia el que haya ejércitos, pero éstos deben ser organizados más contra las guerras y para evitarlas que para suscitarlas.

La educación militar durante la paz es una de las cosas más deprimentes. La disciplina cuartelaria es retardaria del progreso. Como que la educación y la disciplina militares tienden a ahogar las guerras civiles—con armas o sin ellas, cruentas o incruentas—que son las guerras verdaderamente nobles y fecundas, tienden a sofocar el espíritu de revo-

lución. Si Francia hubiese estado militarizada como Alemania, no habría surgido aquella especie de guerra civil, que fué el "affaire" Dreyfus, uno de los movimientos más nobles y más grandes y más fecundos. Un pueblo que en lucha consigo mismo por un asunto de justicia y de dignidad personal humana descuida el aperebirse a la defensa contra el enemigo común, es mucho más grande y noble que otro pueblo que acaba sus discordias intestinas—si es que el rebaño las tiene—para prepararse a agredir al vecino. Me parece innoble la unanimidad de un pueblo de presa. El lobo que se defiende del hambre echándose sobre una oveja no tiene luchas interiores ni combates de conciencia. Un criminal no riñe batallas consigo mismo en su corazón.

Pero un pueblo así, noblemente dividido en sí mismo, un pueblo de contradicción y de fecundas luchas intestinas, es mucho más belicoso que el pueblo militarizado. Y el pueblo belicoso, acaso en apariencias engañosas de sedentariedad y de apacibilidad sensual, cuando llega la hora de defenderse se defiende con un valor más civil y a la vez más guerrero que el valor bárbaro y militar con que el otro le ataca. Porque hay en la guerra un valor civil, hecho de conciencia y de espontaneidad, y hay otro, un valor militar, hecho de inconciencia y de mecanicidad. Avanzar codo a codo, tal vez borrachos, acaso cantando, a dejarse matar, suele ser muchas veces huir hacia adelante, huir a la muerte. Suele ser acto de desesperación o de espectacularidad. O de inconciencia de espíritu rebañego o gregario.

La retirada del heroico ejército servio, un noble pueblo guerrero y no propiamente militar, un pueblo homérico, de heroicos montañeses, es mucho más grande que todos los ataques carneriles de los alemanes a Verdun. Aquel éxodo del rey Pedro, aureolado ya desde ahora con resplandores impercederos de leyenda, es muy otra cosa que la fría y brutal terquedad con que el ex hombre Kronprinz lanza sus divisiones a la muerte conforme a tales o cuales principios de la estrategia y de la táctica.

Lo he dicho y lo repito: Ni la victoria, la victoria puramente militar, que no es tal victoria y que nunca dura, ni la victoria militar, vale lo que cuesta. No, no vale toda esa preparación hecha a costa de la inteligencia y de la libertad de un pueblo. Y lo peor es que el triunfo militar, puramente militar, apaga la belicosidad de un pueblo. Podrá hacerle militarista y disciplinado, pero le hace servil. Y es lo peor que tienen la milicia y el militarismo, que matan la belicosidad.

Tiene razón Wells: es cosa terrible la obediencia a gentes de tercer orden vestidas de



UNAMUNO

ESPAÑA Y LA GUERRA

uniforme y con galones. ¿Qué sería en un pueblo inteligente y libre, por lo tanto belicoso, un bárbaro como ese Hindenburg, que, según todo lo que de él se oye, sobre todo a sus panegiristas, tiene el mismo espíritu que su gran estatua de madera a la que están llenando de clavos? Un pueblo en que puede llegar a ser ídolo un hombre de semejante mentalidad—mejor inmentalidad—está juzgado. El entusiasmo germánico por Hindenburg es lo mismo que el entusiasmo de una parte de nuestro pueblo español por el Gallito o por Belmonte. Y no creo que Hindenburg sea superior a Belmonte, fenómeno taurino, en inteligencia ni en otras facultades.

Hablando de él, de Hindenburg, no de Belmonte, cuenta el mayor general inglés, Sir Alfredo E. Turner (en "The Saturday Review" del 13 de este mes de Mayo) que oyendo una vez a los oficiales de su Estado Mayor hablar de poesía y comparar los méritos de Shakespeare, Goethe y Schiller, saltó, ya impaciente, diciendo: "Gracias a Dios, jamás me he puesto en peligro de ablandarme leyendo poesía." ¡Qué se iba a ablandar! Ni aunque la hubiese leído. Por supuesto que hay quien parece ablandarse y no se ablanda. Paisanos tiene Hindenburg que lloran lágrimas de cerveza oyendo cantar un "lied" de Schumann, y luego llevan a cabo tranquilamente, y si se lo mandan, cualquier barbaridad, como asesinar mujeres y niños desde un zepelin o un submarino. Con decir luego que es por deber de obediencia, está todo arreglado. Pero el bruto que entiende así el deber y la obediencia no es un alma belicosa, aunque esté militarizado. El hombre belicoso es el que sabe rebelarse. Y el que no sabe rebelarse, aunque sea capaz de huir impávido a la muerte y de dejarse ametrallar cuando así le manden, es un cobarde. Hay matador de toros que expone su vida ante un miura o un veragua, y no puede decirse por eso que sea un hombre valiente, ni mucho menos. Y pudiera ser que ese bruto Hindenburg o el desgraciado Kronprinz, que lanzan a sus soldados a la muerte no tengan nada de valientes y sí mucho de cobardes.

No, no creo como creen algunos ilusos que esta guerra va a acabar con las guerras. Sería una desgracia que así fuese. Si contribuye a quebrantar el militarismo y su prestigio, no será poco lo que habrá ganado la causa de la civilización, que es civilidad. Y civilidad es

lo contrario de "militaridad", como civilización se opone a "militarización". Si esta guerra contribuye a civilizar la guerra, no será poco. Porque se trata de ver si pueblos civiles, no militarizados, pacíficos aunque no apacibles, pueden preparar la victoria, improvisándola, en gran parte, frente a los ejércitos de agresión y de rapiña. Porque ahora pelean pueblos, y pueblos belicosos, contra ejércitos sumisos y serviles. Si los pueblos libres, belicosos, revolucionarios, vencen, como espero y creo, a los ejércitos serviles y sometidos, volverán las guerras nobles, las guerras civiles, las discordias intestinas por el derecho y por la justicia y por la verdad. Porque no es posible que un hombre ni un pueblo inteligentes y libres se pongan nunca de acuerdo consigo mismos. No hay más que dos clases de hombres con la conciencia perfectamente urificada y unanimitada, y son los santos absolutos y los criminales por naturaleza. Y para vivir en este mundo, tan malo es ser santo absoluto como ser criminal. O mejor, el santo absoluto no existe. Dicen que lo fué Jesús de Nazareth y él dice que vino a traer la guerra. Y guerra nos trajo, la más fecunda guerra, la guerra civil. "No penséis que he venido para meter paz en la tierra; no he venido para meter paz, sino espada—dijo—. Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre y de la hija contra su madre y de la nuera contra su suegra". (Mat. X, 34-35). Y otra vez: "¿Pensáis que he venido a la tierra a dar paz? No, os lo digo, ¡sino disensión! Porque estarán de aquí en adelante cinco en una casa y divididos: tres contra dos, y dos contra tres; el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra". (Luc. XII, 51-53).

Esta guerra fecunda y civil, de unas generaciones de un mismo pueblo entre sí, esta guerra de padres e hijos propulsora del progreso, es la que ahoga el militarismo. Cuando el bárbaro militarismo prusiano y su disciplina embrutecedora y entontecedora hayan sucumbido en la guerra, se alzarán la verdadera generación alemana contra ésta de hoy, que por cobarde obediencia le está sacrificando y será la verdadera guerra, la civil, la noble, la fecunda, la que vino a traer el Cristo.

MIGUEL DE UNAMUNO

